

Un autor al borde de sí mismo

Bitácora del naufragio

MARIO MENDOZA

Planeta, Bogotá, 2021, 216 pp.

PROBABLEMENTE EL lector tenga aún fresco el recuerdo de aquellos días tempranos de la reciente pandemia, cuando se hablaba de las repercusiones que la enfermedad, las cuarentenas y los estrictos regímenes de aislamiento tendrían en el ámbito de los libros y la literatura: por un lado, cancelaciones de eventos literarios, lanzamientos y ferias; por el otro, aumento en los índices de lectura y un torrente de nuevas obras surgidas de los muchos días de encierro. En las redes sociales algunos escritores se ufanaban de su predisposición a la soledad: la pandemia cambiaba poco o nada para ellos; otros lamentaban encontrarse de pronto desvinculados del mundo del que dependían para poner en marcha su ingenio. ¿Y los lectores? Un gran número de ellos acudió a la ficción buscando asimilar el día a día que los tomaba por sorpresa y parecía más el fruto de una imaginación delirante que la realidad conocida hasta entonces. Libros como *La peste* de Albert Camus, *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio, o *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago, cobraron nueva relevancia y comenzaron a salir de los fondos de las librerías y las bibliotecas para asomarse a los listados de los más vendidos y consultados. Renacieron los audiolibros, los podcasts se pusieron de moda y se vaticinó una avalancha de novelas, diarios, cuentos, poemas y ensayos en torno al tema de la pandemia. Sin embargo, tan solo unos pocos autores se mostraron dispuestos a permitir que la enfermedad se apoderase también del universo privado de su escritura.

Como su nombre lo indica, la pandemia fue y sigue siendo una experiencia común a “todo el pueblo”, pero eso no quiere decir que todos los escritores sean capaces de escribir sobre ello o quieran hacerlo. A algunos lectores nos ocurre algo similar: no a todos nos apetece tomar un libro para encontrar más de lo mismo que estamos viviendo. Desde que comenzó esta larga pesadilla del covid, he evitado meter las narices en libros que aviven más mi

neurosis; con los alarmantes informes científicos y los histéricos boletines de prensa me basta y me sobra. Esta reseña da cuenta de una excepción: uno de mis estudiantes de otros tiempos, lector fiel de Mario Mendoza, me habló con entusiasmo de *Bitácora del naufragio*, una suerte de diario de la pandemia—no sabía si ficcional o no—, y fue suficiente con eso para comprender que había llegado el momento de abandonar mi modus operandi y armarme de valor para leerlo. No cualquier escritor puede escribir sobre la pandemia, señalaba más arriba; pero hay otros, pocos, que parecen predestinados a hacerlo, y creo que Mario Mendoza es uno de ellos.

En la contracarátula de la bella edición en pasta dura de *Bitácora del naufragio* se destaca el carácter sibilino en el conjunto de la obra del autor: “Mario Mendoza anticipó con lucidez este desastre en varias de sus novelas como *Lady Masacre*, *Diario del fin del mundo*, *Akelarre*, *Crononautas* y en los relatos de *El libro de las revelaciones*”. El mismo Mendoza lo recalca aludiendo a las obras antes mencionadas y a otras como *Homo capensis* y *Morgellons*, dos cómics en los que el mundo aparece devastado por una terrible epidemia gripal.

Sin duda la actual pandemia del covid-19 encaja muy bien en el universo narrativo que Mendoza ha venido construyendo desde hace varios años, pero es importante no caer en el desatino de atribuirle al autor dotes adivinatorias, como insinúan algunos de sus admiradores. Para ser adivino basta con hacer muchas predicciones y esperar a que, con suerte, alguna de ellas se cumpla. Más justo es reconocer el arduo trabajo de vigilancia de Mendoza, la atenta observación de lo que ocurre a su alrededor y el talento narrativo para catalizar en su escritura los miedos y las ilusiones de los multitudinarios habitantes de una realidad cada vez menos subterránea, más evidente, más normal que paranormal, más urgente y vociferante. “La ciencia ficción no se anticipa”, escribe Mendoza en el texto que cierra la colección, “ni habla de lo que está por venir, sino que, desplazándose por la espiral, teje probabilidades. Se trata de ponerse en contacto, de asomarse más allá de las barreras del espacio-tiempo” (p. 215).

El libro está dividido en nueve secciones, a su vez compuestas por entre

cuatro a seis relatos hermanados por un eje temático. Los relatos son todos breves y cada uno da cuenta de un aspecto particular de una sociedad en crisis. Las habladurías, lo que se comparte en confidencia, lo que la gente consigna en las redes sociales y en los foros de internet, todo eso es el punto de partida de muchas historias de *Bitácora del naufragio*, y todas sin falta tocan el tema de la pandemia. En algunos relatos, esta es el elemento central del argumento, funciona como disparador de un problema o como catalizador de algo que se venía cocinando desde antes. Así ocurre en algunos de los relatos más logrados de la colección: “La verdadera plaga”, “Nadie es normal”, “Aceite de rateros” y “Nadie volverá a saber de mí”, por mencionar algunos.

En conjunto, la gran variedad de personajes y situaciones conforman una mirada caleidoscópica sobre un fenómeno que no deja de estremecernos. Mario Mendoza terminó de escribir este libro antes de que empezaran a distribuirse en el mundo las primeras vacunas contra el virus, lo que quizás explique el tono fatalista y conspiracionista que lo caracteriza. No ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero como escribiera el médico inglés Thomas Browne, “ignorar los males venideros, y olvidar los males pasados, es una misericordiosa disposición de la naturaleza, por la cual digerimos la mixtura de nuestros escasos y malvados días; y, al no recaer nuestros liberados sentidos en hirientes remembranzas, nuestras penas no se mantienen en carne viva por el filo de las repeticiones”. ¿Recuerda el lector la zozobra de esos días en los que el virus nos tenía a todos en jaque y parecía inevitable el jaque mate definitivo? Tal vez sí, y sin embargo la sensación se ha atenuado hasta hacerse inofensiva. Este libro revivirá tal sensación.

Dice Mendoza que escribir *Bitácora del naufragio* fue para él una suerte de catarsis. Leerlo fue para mí todo lo contrario: por momentos me pareció estar de nuevo en altamar, solo y a merced de la tormenta. Con esto quiero decir que sufrí leyéndolo porque es un buen libro. Me inquieta y me fascina, por ejemplo, el narrador en primera persona de “El club de Roma”. ¿Qué tan en serio se toma el autor las teorías conspiratorias que allí menciona?

NOVELA		RESEÑAS
<p>¿Cuál es el límite entre narrador y autor? ¿Hasta dónde va la ficción? En esa narración, y en otras similares, el plano de realidad se desdibuja. ¿Están en un mismo universo los personajes de los relatos narrados en tercera persona y aquel narrador en primera persona de las “Palabras preliminares”? ¿El de “Nadie volverá a saber nada de mí” es el mismo de “La velocidad de lo real”? Este último, por cierto, es el que cierra el conjunto y, además de ser uno de los más lúcidos, bellos y convincentes, es también uno de los más problemáticos al momento de diferenciar entre la ficción y la realidad. “Kaópolis, en medio de la pandemia, enero de 2021”, anota allí al final un supuesto autor cuyas circunstancias biográficas coinciden con las de Mario Mendoza y quien, páginas atrás, adoptaba un tono confesional para compartir las circunstancias reales en las que se escribió el libro. Lo problemático e interesante es que Kaópolis, el lugar desde el que firma el narrador, es la ciudad ficcional y distópica en la que transcurre el cómic de Mendoza que lleva el mismo título. La realidad se ha hecho tan extraña que los límites de la imaginación y el tiempo se desdibujan: “¿En qué momento quedamos atrapados en nuestras propias historias? Empezamos haciendo ficción y terminamos ineludiblemente en el hiperrealismo. ¿Cuál es la velocidad de lo real? Ese ha sido nuestro verdadero problema, que no calculamos bien esa aceleración”, se pregunta un asombrado “Mario Mendoza” (p. 210) al que he decidido asumir como un ser ficcional, pues según él mismo (¿el mismo?) sostiene en las “Palabras preliminares”:</p> <p style="padding-left: 2em;">El yo es siempre una falacia, una máscara de mal gusto. La verdadera identidad está más allá del sí mismo o más acá, pero nunca en el centro. La verdadera identidad es una potencia, una fuerza, una desmesura. Todo equilibrio es una ilusión. No obstante, no debo olvidar lo fundamental, no convertirme durante el encierro en mi peor enemigo. (p. 16)</p> <p>De alguna manera, este libro es justo eso: un planteamiento acerca de cómo sobrevivir a pesar de uno mismo, un tema que ha obsesionado a Mendoza desde siempre. No en vano dedicó su tesis de maestría a la novela <i>Cuatro años a bordo de mí mismo</i>, de Eduardo</p>	<p>Zalamea Borda, cuyos ecos resuenan, quizás inconscientemente, en el título de la primera sección de <i>Bitácora del naufragio</i>, “Al borde de sí mismos”, y en muchos de los personajes de Mario Mendoza.</p> <p style="text-align: center;">Santiago Cepeda</p>	